

EL CASTIGO DE CLIP-CLAP



10
CTVS.

COLECCION MARUJITA Nº 10

El castigo de

Clip - Clap

118 x 162

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

**Es propiedad en lo referente a los derechos exclusivos de
traducción al español y a la presente traducción
Copyright, 1939, by EDITORIAL MOLINO**

**Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL MOLINO,
Gorostiaga 1650 - Buenos Aires - (Argentina)
PRINTED IN ARGENTINA**

EL CASTIGO DE CLIP - CLAP

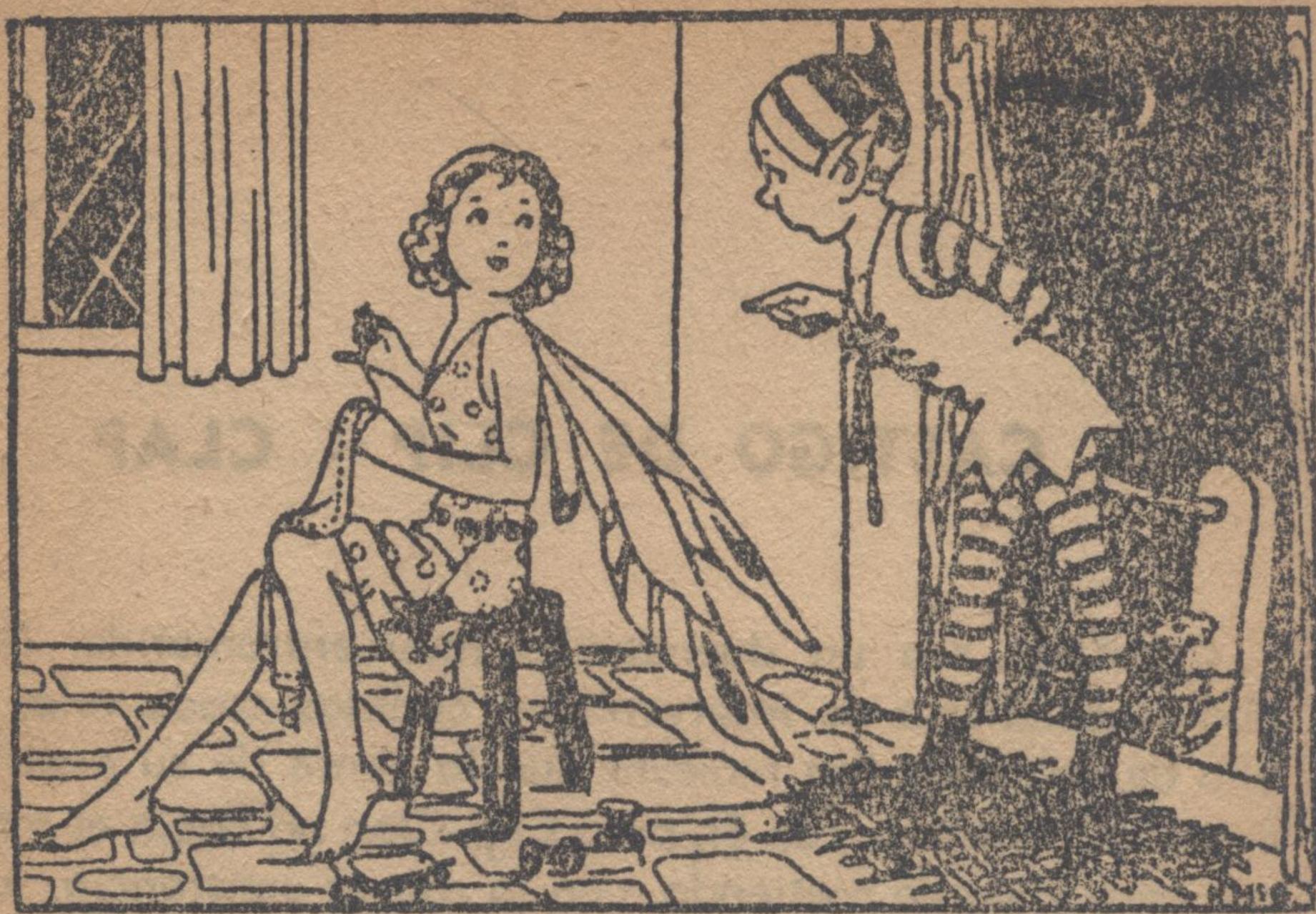
Clip-Clap era un duendecillo muy entrometido. No podía abstenerse de intervenir en cuantas cosas veía, y ello de un modo tan molesto que la gente de su pueblo empezó a enojarse con él, pero Clip-Clap no hacía el menor caso y siguió metiendo, con la mayor constancia, las narices en los asuntos ajenos.

Un día, la tía Monisa estaba cociendo unos pasteles en el horno. Exhalaban un aroma delicioso y, al percibirlo Clip-Clap, fué inmediatamente a ver de qué se trataba.

—Vete—le dijo la tía Monisa amenazándolo con el rodillo de amasar.—Eres demasiado entrometido y no quiero verte en mi cocina.

Pero Clip-Clap rogó que le dejase permanecer allí, prometiendo, además, que vigilaría cuidadosamente la cocción de los pasteles, de modo que, al fin, la tía Monisa se dejó convencer y accedió, pensando que, mientras tanto, ella podría dedicarse a otros quehaceres de la casa. Por esta razón dejó al duendecillo al lado del horno y ella se dirigió a otra habitación.

Pero el tonto Clip-Clap se dedicó a abrir y cerrar a cada momento la puerta del horno para ver si los pasteles estaban ya cocidos. Luego los sacó y metió el dedo



—VETE—DIJO ARGENTINA

en cada uno de ellos, a fin de cerciorarse de si la corteza estaba ya bastante crujiente. Ya es sabido que el abrir y cerrar la puerta del horno no es nunca conveniente para los pasteles, de modo que las maniobras de Clip-Clap no resultaron nada beneficiosas y mucho menos que clavase su dedo en la corteza de cada uno de ellos. Pero cuando mordisqueó los ángulos para apreciar si tenían buen sabor, no hay que decir cuánto empeoró su aspecto.

Así que la tía Monisa se enteró de lo ocurrido, se enojó sobremanera, como se puede comprender. Dió un buen tirón de orejas a Clip-Clap y luego lo expulsó de la cocina, diciéndole:

—¡Malvado! ¡Me has estropeado los pasteles, con tu estúpida curiosidad! ¡Vete inmediatamente, porque, de lo contrario, iré a quejarme al Alcalde!

El señor Perspicaz, que era el Alcalde del pueblo, ejercía, al mismo tiempo, de juez y castigaba a cuantos lo merecían. Clip-Clap se asustó mucho al oír tal amenaza, y se alejó con cuanta prisa quisieron llevarlo sus piernas.

Mas no por eso se corrigió, porque, al poco rato, ya estaba curioseando en casa de la señorita Argentina, que estaba ocupada en hacerse un traje. La pobre muchacha se esforzaba cuanto podía en llevar a cabo la tarea, de modo que el resultado fuese perfecto. Y, cuando más entretenida estaba, Clip-Clap asomó la cabeza por la puerta y le preguntó qué hacía.

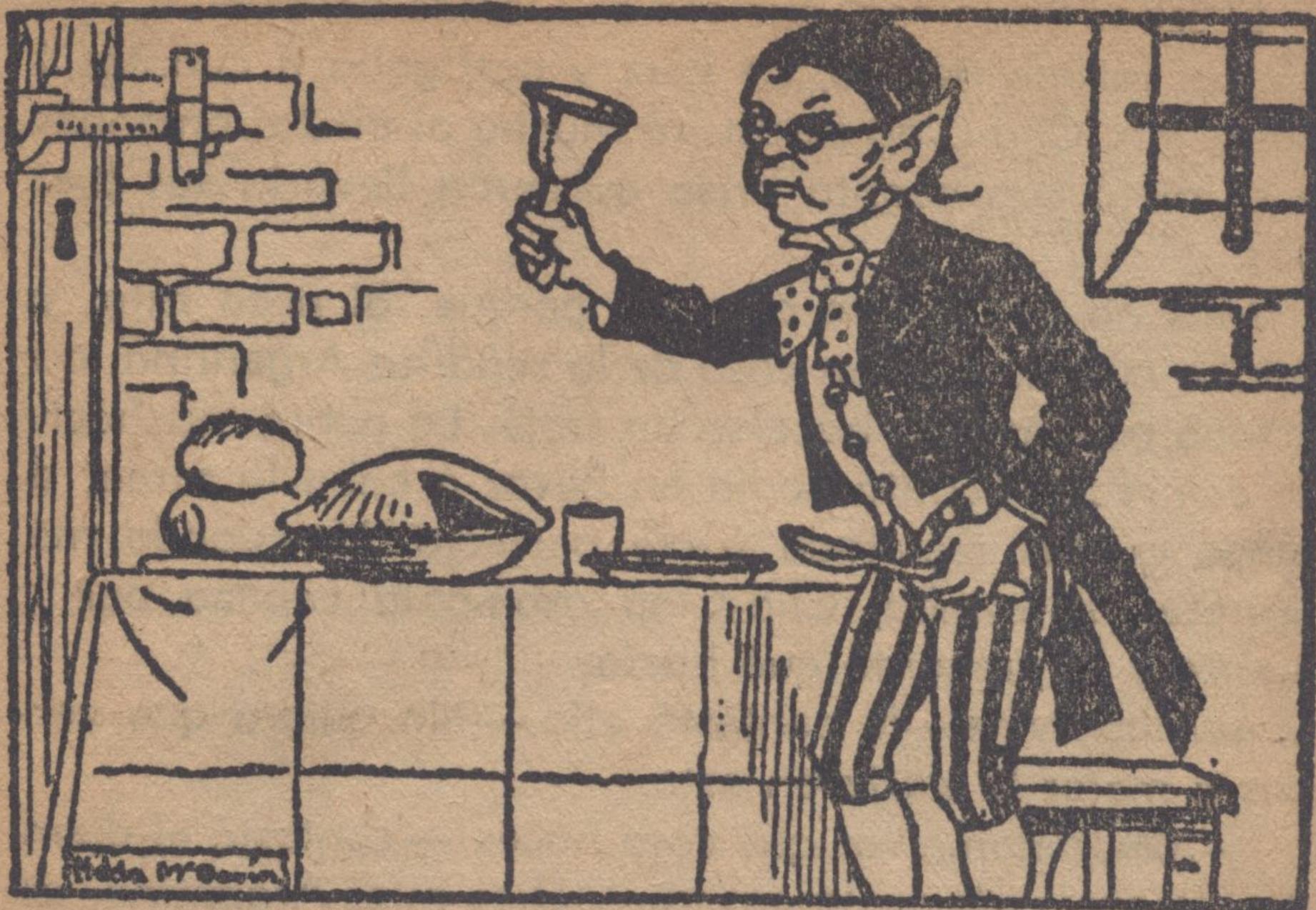
—Mira, vete—le contestó ella.—No quiero que vengas a meter la nariz en esto.

—¡Oh, déjame ver qué cosa haces!—contestó el duendecillo entrando en la casita.—¡Dios mío, Argentina, estás haciendo eso al revés! Esta pieza de tela va cosida así y esa otra en sentido inverso. Y en cuanto a los botones deberían coserse aquí y no donde lo has hecho.

Argentina llegó a figurarse que Clip-Clap sabía muy bien lo que estaba diciendo, pero no era así. Siguió sus consejos, por su mala ventura, y bien pudo arrepentirse en cuanto se probó el traje. Las piezas delanteras estaban en la espalda. Una manga era más larga que la otra y los botones ocupaban una posición absolutamente equivocada, de modo que ya se puede imaginar cuán desagradable era el conjunto.

La pobre Argentina se quedó trastornada. Se echó a llorar y, por fin, indignada, encaminóse a casa del Alcalde, para darle cuenta de que, con sus desacertados consejos y su impertinente curiosidad, el duendecillo Clip-Clap le había estropeado el traje.

—En cuanto ese duendecillo vuelva a meterse en lo que no le importa, lo expulsaré del pueblo. Lo mandaré



EL SEÑOR PERSPICAZ AGITÓ LA CAMPANILLA

al mundo de los niños, y no hay duda de que allí recibirá una severa lección, si vuelve a intervenir en los asuntos ajenos.

Como ya se puede suponer, Clip-Clap no tardó mucho en pecar de nuevo. Aquel mismo día fué a casa del señor Perspicaz, con objeto de ayudar al cocinero a limpiar la cocina y en cuanto vió que éste último estaba ocupado en preparar unos pasteles de manzanas, sintió el deseo de intervenir.

—Estoy seguro de que no ha puesto bastante azúcar —pensó, mirando los pedacitos de manzana.—Voy a poner un poco más. Sin duda le agradarán infinitamente más al señor Perspicaz.

Fué en busca de un pote y vació un poco del polvo blanco que contenía, sobre las manzanas ya cortadas.

No tuvo la precaución de leer la etiqueta, porque, de haberlo hecho, viera que decía "sal" en vez de "azúcar". El cocinero no se dió cuenta de la intromisión de Clip-Clap, porque estaba muy atareado en amasar la pasta.

Cuando los pasteles estuvieron cocidos, sirvieron uno al señor Alcalde como postre de la comida. El buen señor contempló satisfecho aquel pastel dorado, de excelente aspecto, y, cortando una rajita, se la llevó a la boca. Pero tenía tan mal sabor, que se la tragó de un golpe.

—¡Dios mío! Tal vez sea una manía, pero me parece que este pastel sabe muy mal—pensó.—Quizás me lo habré figurado. No es posible que un pastel de manzana tenga tan mal sabor.

Tomó otra rajita y quiso saborearla despacio. Y se convenció de que aún tenía peor gusto que la anterior. No pudo tragársela y, enojado en grado sumo, agitó la campanilla para llamar al cocinero.

Le explicó lo que sucedía y el buen hombre probó a su vez, el pastel.

—Eso se deberá, sin duda, a que Clip-Clap ha hecho alguna de las suyas—dijo el cocinero.—Voy a llamarle.

No fué difícil averiguar lo que había hecho el duendecillo.

—Yo quise endulzar más el pastel — dijo asustado Clip-Clap.—Ignoraba que el pote contuviese sal. A mí, por su aspecto, me pareció azúcar.

—Bueno, ya estamos hartos de tus hazañas—le dijo muy enojado el Alcalde.—Veo perfectamente que no te arrepientes de lo hecho. Por lo tanto, vete en el acto y toma el ómnibus que te llevará al país de los niños. Estoy seguro de que allí recibirás una lección tan severa, que, para siempre, te curarás de tu mala costumbre.

—¡Oh, me gustaría mucho ir a vivir con los niños!— replicó Clip-Clap.

Y echó a correr para tomar el ómnibus. Llegó a tiempo de sentarse al lado del conductor y el vehículo emprendió la marcha a través de campos y colinas, hasta que, al fin, llegaron a un pueblecillo de nuestro mundo, situado a corta distancia de la frontera del País de las Hadas. Clip-Clap se apeó y, en extremo satisfecho, echó a correr por la calle. No se le daba un ardite de su castigo y sentía la mayor excitación y entusiasmo al ver que se hallaba en una tierra desconocida.

Dió la casualidad de que aquel día fuese la víspera de San Juan, de modo que todos los niños y niñas del pueblo habían adquirido grandes cantidades de fuegos artificiales para dispararlos en cuanto llegase la noche. Uno de los niños del pueblo, llamado Pedro, recibió de su padre la cantidad de cinco pesetas, que se gastó íntegramente en comprar fuegos artificiales. Le dieron de todo: cohetes, ruedas, buscapiés, candelas romanas, surtidores japoneses, petardos, luces de Bengala y otros.

Clip-Clap lo encontró cuando salía de la tienda y se quedó contemplando los fuegos artificiales que llevaba el niño.

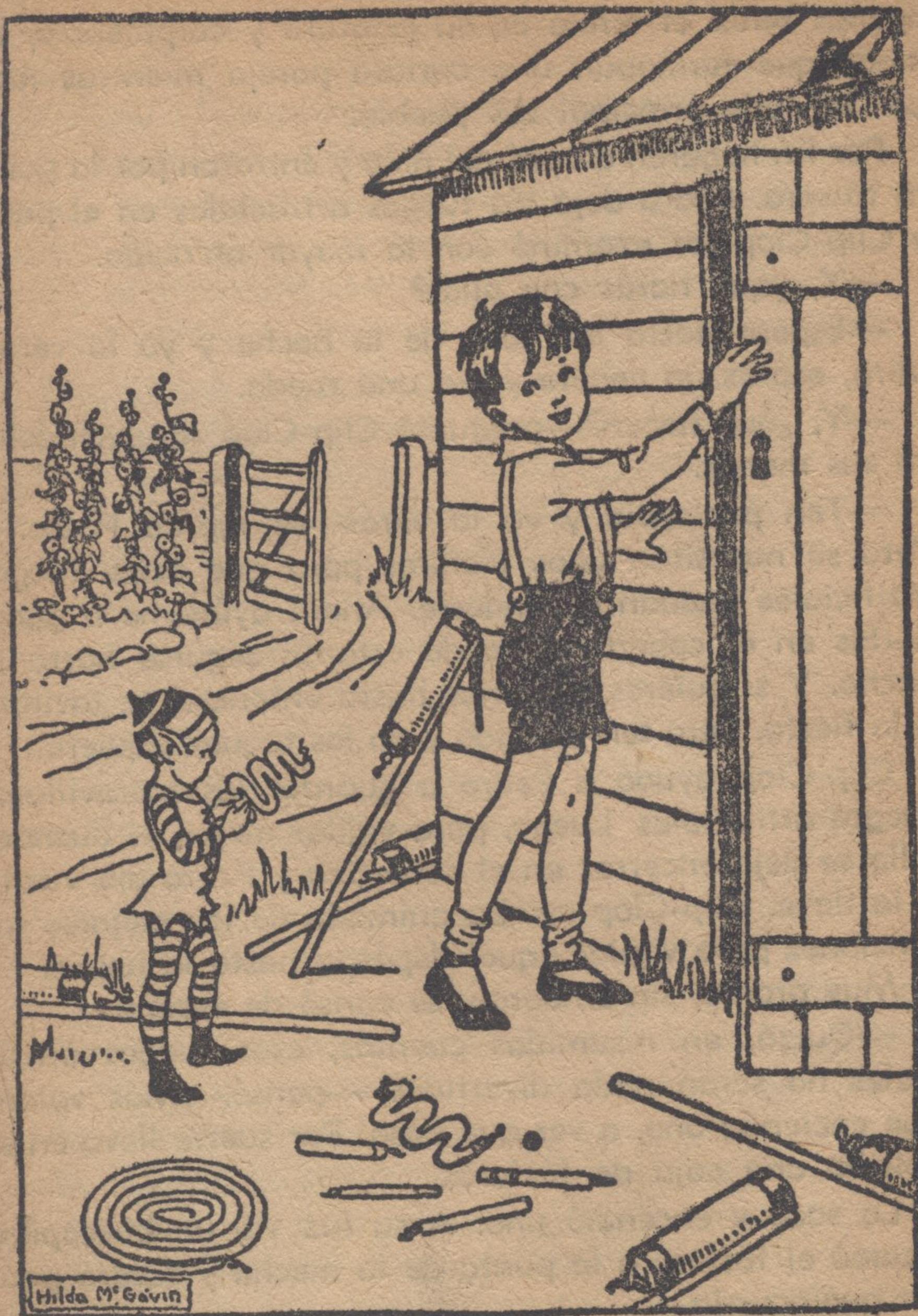
—¿Qué es eso?—le preguntó.

—¡Cómo! ¿No sabes lo que son fuegos artificiales?— exclamó Pedro sorprendido.—¿De dónde vienes, puesto que ignoras lo que es esto?

—Acabo de llegar del pueblo de los duendecillos, en el País de las Hadas—contestó Clip-Clap.—He venido en viaje de placer. ¿Y qué hacen esos fuegos artificiales?

—Ven a casa conmigo y te lo enseñaré — le dijo Pedro.

Así, pues, Clip-Clap echó a andar al lado del muchacho. Éste era todavía muy pequeño, pero el duendecillo



—¿Y QUÉ HACEN?—PREGUNTÓ CLIP-CLAP

apenas tenía el tercio de su estatura y corpulencia, de modo que formaban una curiosa pareja mientras iban por la calle principal del pueblo.

Por fin llegaron a casa del niño y entraron por la puerta trasera. Pedro dejó los fuegos artificiales en el patio y Clip-Clap los examinó con la mayor atención.

—Y, ¿qué harás con ellos?

—Espera hasta las ocho de la noche y ya lo verás. Mira, eso es un cohete y eso una rueda.

—Y, ¿qué hacen?—preguntó Clip-Clap revolviéndolos en sus manos.

—Ten paciencia y ya lo verás—le repitió Pedro.—Pero se necesitan unos fósforos para que estos fuegos artificiales puedan encenderse. Ahora ayúdame a guardarlos en el cobertizo, donde estarán seguros hasta la noche. Y si quieres vigilarlos hasta entonces, te invitaré a la fiesta. Pero ten cuidado y no los toques siquiera.

Clip-Clap ayudó a Pedro a guardar los maravillosos fuegos artificiales. Luego, para vigilar mejor, el duendecillo se dejó encerrar en el cobertizo y Pedro dió vuelta a la llave. Clip-Clap estaba animado de las mejores intenciones para vigilar aquel depósito hasta la noche.

Muy pronto, sin embargo, se cansó de esperar.

—Quizá, en resumidas cuentas, esos fuegos artificiales no serán nada divertidos —pensó.—Más valdrá que encienda uno, a ver qué pasa. Por suerte llevo en el bolsillo una caja de fósforos.

La sacó y encendió uno. A su luz vió un buscapiés. Acercó el fósforo a la punta de la mecha y esperó para ver qué ocurría.

Ya os lo podéis figurar. En cuanto el buscapiés estuvo encendido, empezó a dar saltos de un lado a otro, cosa que sorprendió en extremo a Clip-Clap, pues no esperaba

tal cosa. ¡Oh, no! Al verlo se asustó en extremo. El buscapiés dió un salto desde el estante en que se hallaba y fué a dar al mismo Clip-Clap. Éste profirió un grito de susto y saltó a un lado, mas no pudo evitar el buscapiés, puesto que fué a caer sobre su brazo derecho, y una chispa de fuego le agujereó la manga. Luego saltó a sus pies y se encaramó otra vez al estante. Mas, por desgracia, cayó sobre una rueda y prendió fuego a la mecha.

Esta última empezó a chisporrotear, a silbar y a producir pequeños estallidos. Después, tomando impulso, saltó a su vez al suelo, en tanto que Clip-Clap la contemplaba aterrado. El duendecillo, deseoso de detenerla, saltó sobre el disco de madera que tenía en el centro, mas como éste había caído sobre un objeto duro, empezó a girar arrastrando en tal movimiento a Clip-Clap, que se sintió mareado y al fin se cayó al suelo. ¡Qué asustado estaba!

Mientras tanto, el buscapiés continuaba saltando y despidiendo fuego. Prendió en una candela romana, la cual empezó en breve a despedir una lluvia de estrellas luminosas que, en forma de cascada, cayeron sobre el duendecillo. No le quemaron, pero él temió verse abrasado, porque, como ya sabemos, desconocía los fuegos artificiales. Empezó a saltar de un lado a otro, y mientras tanto, el buscapiés, cual si estuviese animado de vida, lo perseguía sin cesar.

El duendecillo saltaba como un loco, profiriendo gritos de terror. En su fuga pisó una caja de bengalas y como, por desgracia, una chispa del buscapiés fué a dar sobre la cabeza de una de ellas, se incendiaron todas en un instante y el lugar quedó alumbrado por unas luces verdes, azules, rojas y amarillas.

Realmente era espantoso verse encerrado en un lugar

tan reducido y en medio de tal número de fuegos artificiales. Clip-Clap se arrepentía ya con toda su alma de haberse hecho expulsar de su pueblo. Y no hay que decir cuánto deseó no haberse metido nunca en los asuntos ajenos.

Pero aún faltaba lo peor. La rueda comunicó el fuego a un manojó de cohetes y, uno tras otro, empezaron a estallar.

¡Pffft! ¡Pum! ¡Bom! ¡Siu! ¡Bum!

Los cohetes producían un ruido espantoso alrededor de Clip-Clap, quien daba unos saltos tremendos, impulsado por el terror. Algunos cohetes se lanzaron al aire y agujerearon el débil tejado del cobertizo. Nada los detenía. Saltaban uno tras otro, con grandes estampidos y luego despedían nubes de estrellas de colores.

Clip-Clap estaba tan asustado que, realmente, no sabía qué hacer, y por esta razón cometió una tontería. Se agarró al cohete mayor de todos, con movimiento convulsivo y temiendo por su vida. De pronto, otra caja de fósforos de colores se encendió a su vez y prendió fuego al cohete a que se agarraba Clip-Clap.

¡Pfifcht! El cohete salió disparado por el aire y llevándose a Clip-Clap, asustado hasta el punto de que no se daba cuenta de lo que sucedía, y, por consiguiente, no tuvo la presencia de ánimo suficiente para soltarse. El cohete atravesó a su vez el tejado y luego alcanzó, por momentos, mayor altura, hasta el punto de que parecía como si no hubiese de detenerse ya nunca más. Subía y subía por el aire, y llegó a la región de las nubes. Y Clip-Clap vió ya tan cerca la luna, que se preguntó si, finalmente, iría a parar a ella.

Como se comprende, no fué así. De pronto, Clip-Clap se dió cuenta de que el cohete perdía velocidad, y llegó un momento en que permaneció inmóvil en el aire. En-

tonces estalló en millares de estrellas de colores, produciendo una explosión que a Clip-Clap le pareció ensordecedora. Hasta entonces, gracias a que se había agarrado al rabo del cohete de modo que no le diera el chorro de chispas, pudo evitar las terribles quemaduras que, de otra manera, habría recibido; pero, le alcanzó aquella lluvia de estrellas que se diseminó en todas direcciones y algunas de las chispas de colores le causaron quemaduras, por fortuna de poca importancia.

Mas no tuvo tiempo de fijarse en ello, porque el cohete emprendió el descenso, primero con lentitud, y luego, por momentos más aprisa, de manera que el aire silbaba al rozar con el cuerpo del desdichado Clip-Clap, quien gimió asustado y loco de terror:

—¡Ojalá no hubiese sido tan entrometido!—pensó en un momento de lucidez.—¿Por qué me habré metido en eso? ¡Oh, quien pudiera verse de nuevo en el pueblo, para no meterme nunca más en nada!

Mientras tanto descendía cada vez más de prisa. Era tal la velocidad de su caída, que ni siquiera podía mirar abajo. Temió estrellarse contra el suelo y daba ya por segura su muerte, cuando, al mirar, le pareció que la tierra subía rápidamente a su encuentro de un modo amenazador. Vió una cosa obscura y antes de que pudiera averiguar qué era, cayó con gran ruido a un estanque y se vió rodeado de agua.

Quiso la suerte que aquel fuese el estanque que había en el jardín del señor Perspicaz, el Alcalde, y en el cual la primera autoridad del pueblo criaba peces de colores.

¿No os parece que fué una afortunada casualidad? Eso demuestra cuán grande debió de ser el espacio recorrido por el cohete a través del aire.

Pasado el primer instante de la caída, el duendecillo



—¿ERES TÚ, CLIP-CLAP?—EXCLAMÓ SORPRENDIDO

se esforzó en salir a la superficie. Por suerte la profundidad del estanque no era muy grande y pudo asomar la cabeza cuando ya empezaba a faltarle la respiración. No hay que decir cuál fué el terror de los pobres peces de colores, que se diseminaron en todas direcciones, pero al fin el agua recobró su acostumbrada inmovilidad.

El Alcalde, que había oído el fuerte chapoteo, salió a toda prisa al jardín para ver qué había ocurrido.

—¡Dios mío!—exclamó sorprendido al ver que Clip-Clap mojado, asustado, triste y pesaroso salía trabajosamente del agua.—¿Eres tú, Clip-Clap? ¿No has obedecido mi orden de alejarte del pueblo?

Gimiendo y llorando, Clip-Clap le refirió sus aventuras con los fuegos de artificio de Pedro.

—Buena lección ha sido esa—exclamó llorando y en tanto que resbalaban las lágrimas por sus mejillas, como si ya no estuviesen demasiado mojadas.—Nunca más

volveré a meterme en cosas que no me importan, se lo aseguro, señor Perspicaz. Perdóneme mi conducta anterior, porque le juro que en adelante seré bueno y nadie tendrá queja de mí.

En aquel momento nadie habría podido seguir enojado con el pobre duendecillo, y el Alcalde sintió que desaparecía su cólera. Ayudó al pobre Clip-Clap a escurrirse la ropa y aún lo llevó al interior de la casa para que se secara ante el fuego.

—Esta vez te perdono—le dijo—porque veo que has recibido un buen escarmiento. Pero acuérdate, Clip-Clap, de que si vuelves a las andadas seré contigo muy severo.

Clip-Clap se volvió consolado a su casa. ¡Qué agradable le pareció meter de nuevo la llave en la cerradura de su puerta! ¡Qué grato ver su cómoda camita que le esperaba para ofrecerle un buen lugar de descanso!

—¡Malditos fuegos artificiales!—pensó al acostarse entre las calientes sábanas.—¿Por qué los comprarán los niños? ¡Pobre Pedro! Sin duda debe estar preguntándose qué ha sido de sus fuegos artificiales. Para consolarle, le mandaré una caja de bombones, muy grande.

Así lo hizo y Pedro se quedó tan sorprendido y satisfecho, que incluso olvidó el disgusto que le causara la pérdida de sus cohetes y bengalas. En cuanto a Clip-Clap, había recibido un buen escarmiento, porque en adelante ya no volvió a meterse en lo que no le importaba.



LA MANZANA INHALLABLE

Sisín era muy travieso. Era un duendecillo y cuando a fuerza de travesuras se ponía inaguantable, su madre no sabía qué hacer con él. Sisín no dejaba nada en paz; vaciaba una cosa, tiraba o derramaba otra, rompía lo de más allá y se desgarraba la ropa por mil puntos.

—¡Por Dios, Sisín!—exclamó al cabo la señora Tulita. —¡Cualquiera podría creer que te han lanzado una maldición! ¿Quieres que te dé una buena tanda de palos con el mango de la escoba?

—¡Oh, no, mamá!—contestó Sisín.—No hagas eso.

—Pues en tal caso procura estar quieto. Siéntate—ordenó doña Tulita.—Has roto un vidrio, derramado la leche, tirado el azúcar y, por si fuese poco, te has roto la chaqueta. Ya basta para una mañana.

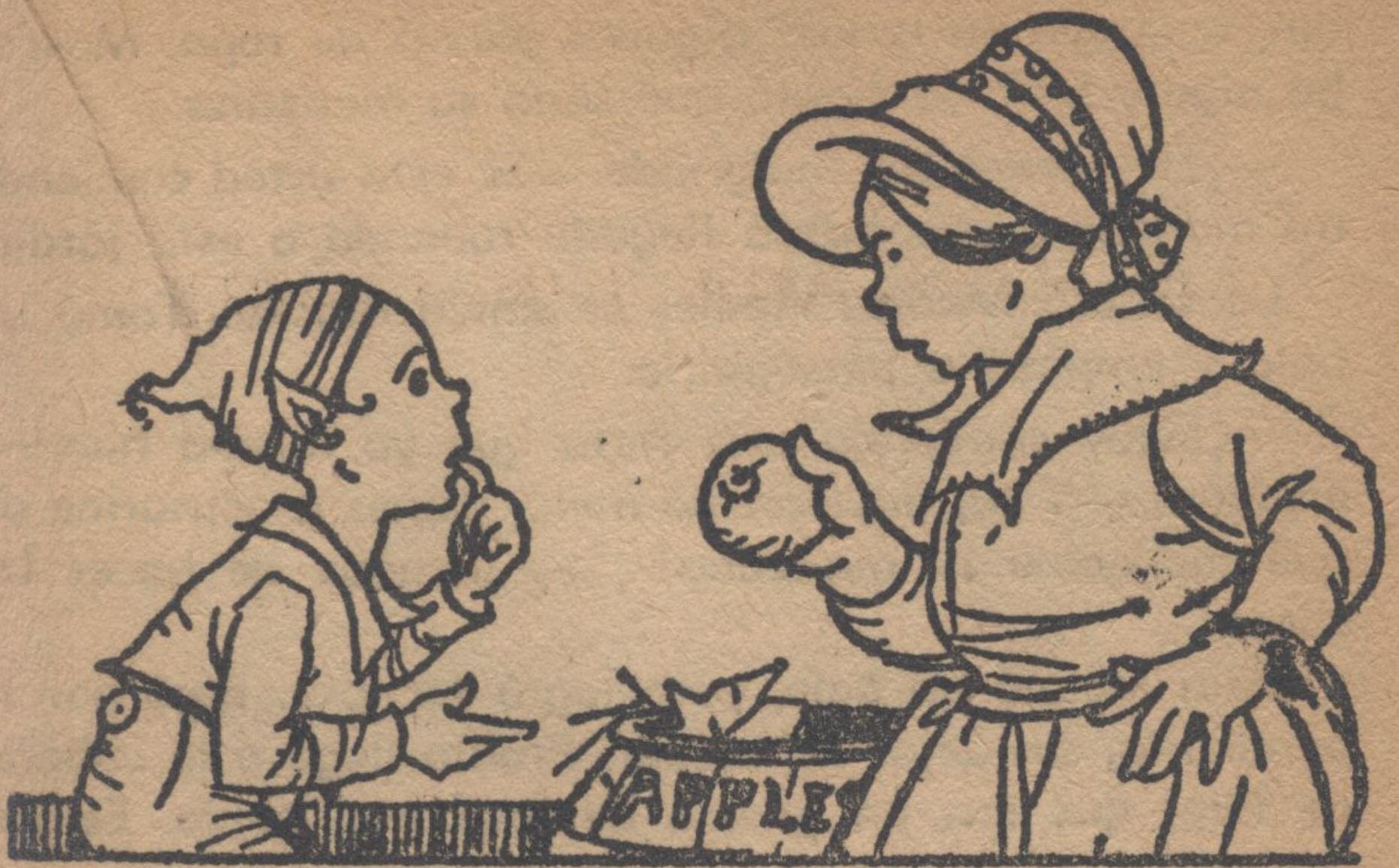
Sisín se sentó, pero sin mirar donde lo hacía. Creyó que allí había una silla, pero no era así, de manera que se cayó al suelo, pero, instintivamente, para no caerse, agarróse al mantel y con él arrastró todo el servicio, que hizo trizas.

La señora Tulita empuñó la escoba y Sisín, temiendo que iba a recibir una buena paliza, fingió haberse lastimado en su caída y se echó a llorar.

—¡Ay!—gritaba.—¡Me he hecho mucho daño!

La señora Tulita se apenó mucho. Le secó las lágrimas y lo llevó al barril de manzanas.

—Aquí tienes una hermosa manzana roja—le dijo.—



—AQUÍ TIENES UNA MANZANA

Quítale el corazón y cómetela, Sisín. Sé bueno y vete a correr.

Sisín tomó la manzana y echó a correr. Dirigióse a lo alto de una loma inmediata a la casa y se sentó. Desde aquel observatorio podía ver muchas cosas: vacas y ovejas, caballos y cabras, perros, conejos, gallinas y patos. Hacía mucho calor y Sisín bostezó.

—Me voy a tender un momento antes de comerme la manzana—pensó.

Lo hizo así y casi instantáneamente se quedó dormido. Al despertar buscó la manzana, porque tenía apetito. Pero ya no estaba a su lado. Había desaparecido.

—Habrá rodado por la pendiente—se dijo muy apenado.—Pero he de encontrarla.

Descendió por la pendiente, mirando con el mayor cuidado en todos los huecos. Poco tardó en llegar a la casita de la señora Medias Azules. Esta se hallaba en el jar-

dín, ocupada en tender algunas piezas de ropa. Mascaba algo y Sisín se figuró que sería su manzana.

—¡Eh!—exclamó indignado.—Se está usted comiendo mi manzana, que habrá llegado rodando a este jardín.

La señora Medias Azules se enojó mucho. Tomó un palo y empezó a perseguirle.

—¡Estoy comiendo una torta que yo misma hice!—exclamó.—Y tú, duendecillo malo, vienes a acusarme de que me como tu manzana! ¡Soy incapaz de hacer tal cosa!

Sisín recibió un palo, pero logró escapar. Bajó por la pendiente, sin dejar de buscar. Pronto llegó a la cabaña de Flip, que era un gnomo de muy mal genio. Estaba sentado a la puerta de la cabaña, comiendo una cosa de color rojo. Sisín se acercó corriendo a él.

—¡Deme usted mi manzana!—exclamó.—¡Es mía! ¡Se me escapó rodando por la pendiente!

Flip se puso en pie y agarró al duendecillo. Le dió un par de sacudidas y luego lo obligó a sentarse.

—¿Aún no conoces los tomates?—preguntó.—¿Te has figurado que me como una manzana tuya?

Sisín se marchó llorando. No había duda de que Flip se comía un tomate.

Volvió a buscar, mas sin poder hallar rastro de su manzana. Por fin, al llegar al extremo inferior de la cuesta, se vió ante la casa del cartero. Éste se había sentado en su jardín para beber una gaseosa en compañía de su madre, porque la tarde era muy calurosa. Bajo la mesa había una cosa roja.

—¡Mi manzana!—exclamó Sisín.

Penetró en el jardín sin pedir permiso ni excusarse, y se metió bajo la mesa, en busca de aquella cosa roja. El cartero se quedó tan sorprendido, que se atragantó con la



EL CARTERO BEBÍA GASEOSA CON SU MADRE

gaseosa y empezó a toser y estornudar.

—¿Quién es ese duendecillo mal educado?—preguntó la madre del cartero, mirándole con el mayor desprecio.

—¡Quiere robar la pelota roja que compré al perrito!—exclamó de pronto el cartero, en tanto que Sisín se alejaba ya.

Echó a correr tras el duendecillo y lo cogió. Era evidente que llevaba en la mano una pelota roja y no una manzana, como se figuraba.

—¡Dispéñseme!—exclamó Sisín.

Pero fué en vano, porque el cartero le dió un buen bofetón. Sisín, entonces, acudió llorando al lado de su madre. Ésta escuchó la historia de lo sucedido, pero no replicó gran cosa.

—Es preciso que aprendas un poco de urbanidad—le dijo.

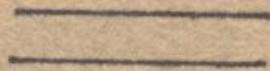
—Pues no hay duda de que alguien se ha quedado con mi manzana—replicó Sisín muy enojado.—Y si llevo a descubrir quién ha sido, le daré un par de puñetazos.

Se metió las manos en los bolsillos y luego sacó una de ellas, empuñando la manzana.

—¡Oh!—exclamó avergonzado.—Ahora me acuerdo. Antes de dormirme la guardé en mi bolsillo.

—Así resulta que no rodó por la pendiente—le dijo su madre.—Y fíjate ahora en lo estropeada que está. Ya no vale nada. Ahí verás qué tonto has sido. Supongo que ahora vas a darte un par de puñetazos, Sisín. Acuérdate de lo que has prometido.

Pero Sisín no contestó. Marchóse, muy avergonzado de sí mismo y dió la manzana al cerdo. Ignoro si desde entonces se ha portado mejor, pero creo que de algo le sirvió aquel escarmiento.



EL PAIS DE LAS COSAS DE ORO

Hubo una vez un rey muy pobre. No tenía palacio en que vivir y eso le daba mucha pena. Poseía una corona, es cierto, pero no era de oro de ley, y solamente tenía engarzadas seis piedras preciosas.

Vivía solo en una casita con su hija, niña de corta edad, llamada Rosamunda. Había gastado todos sus tesoros guerreando contra otro país y perdió cuantas batallas empeñara. Sus súbditos eran demasiado pobres para ayudarle, de manera que, a pesar de su condición de monarca, no vivía mejor que un mísero campesino.

Su casita se hallaba situada en un lugar muy bonito, desde el cual podía contemplar el mar. Sólo poseía una vaca de leche, tres gallinas que ponían huevos todos los días y una criada vieja que guisaba muy bien manjares sencillos, cultivaba algunos vegetales en el huerto y, además, cuidaba de Rosamunda.

El rey era muy desdichado. Suspiraba por tener un palacio, un cofre lleno de tesoros, centenares de criados, hermosos trajes y bellos muebles. Su hijita se desconsolaba al verle tan desgraciado, y se esforzaba en hacerle sonreír, pero le resultaba muy difícil.

Rosamunda, en cambio, era dichosa. Conocía su condición de princesa, pero se alegraba de no vivir en un palacio. Gustaba de dar de comer a las tres gallinas y de ordeñar a la mansa vaca. También se divertía mucho remando en los apacibles pantanos y paseando por las ventosas colinas.

Pero, sobre todo, prefería trabajar en el jardín perteneciente a la casita. Gustaba de cultivar flores de brillantes colores, que luego le servían para adornar algunos jarros que había en la casita. Con frecuencia llevaba grandes ramilletes de aromáticas rosas, que hacía oler a



EL REY POSEÍA UNA VACA Y TRES GALLINAS

su padre, procurando que, además, se deleitara contemplándolas.

—Mira, papá — decía. — Huélelas, ¿verdad que son hermosas?

Pero el rey no les hacía ningún caso. Si hubiesen sido de oro, no hay duda de que las tomaría con el mayor deseo... Pero eran flores como las demás.

Un día de verano celebró su cumpleaños y Rosamunda quiso prepararle un bonito regalo. Tomó un rosal que ella misma había cultivado y lo plantó en un tiesto, con objeto de regalárselo.

Se presentó a su padre muy contenta, le dió un abrazo y luego le ofreció el rosal. Estaba cubierto de capullos y de flores y no parecía sino que fuese un arbusto propio del País de las Hadas. Rosamunda estaba segura de que a su padre le gustaría. Mas lo cierto es que apenas lo miró. Con acento indiferente, dijo:

—Gracias, querida hija.

Pero nada más. No exclamó, como esperaba la niña: "¡Oh, qué hermoso rosal! ¡Cómo gozaré contemplándolo!" Rosamunda tuvo un desengano atroz.

—Mira, querido papá, es preciso que cada día riegues tú mismo el rosal, antes de que el sol caliente demasiado —dijo.—Es un arbusto muy delicado, de modo que has de procurar que no se seque.

El rey puso el rosal en el antepecho de la ventana de su pequeño dormitorio y ya no se acordó más de él. Sentóse y empezó a imaginarse las fiestas que se habrían celebrado aquel día si él hubiese tenido mucho dinero y un reino muy rico.

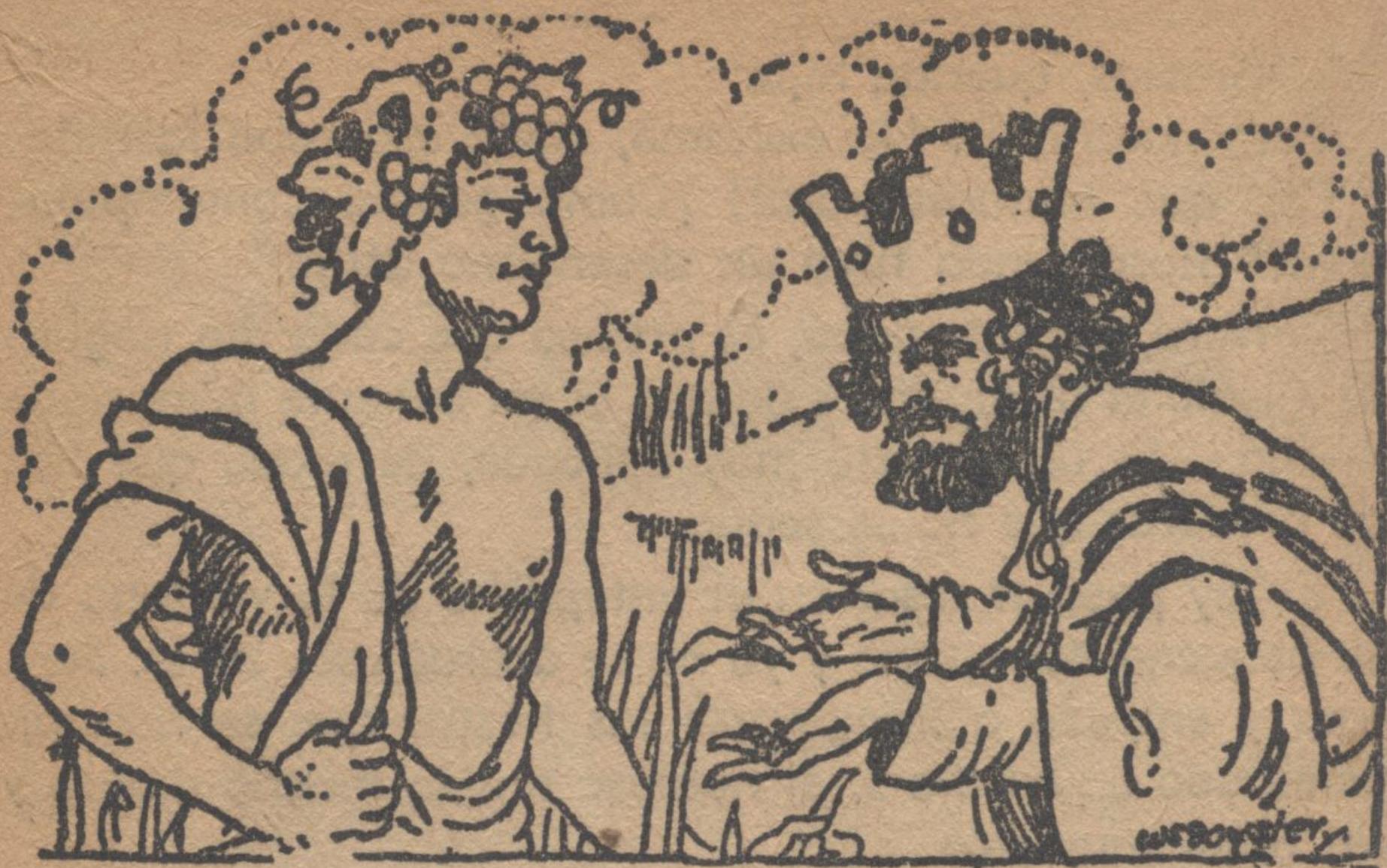
—Habría hecho disparar cien cañonazos—pensó.—Mis súbditos habrían venido a prestarme homenaje y me harían ricos regalos. Por la noche yo hubiera dado una gran fiesta, a la que estarían invitados reyes, reinas, príncipes y nobles. ¡Qué hermoso habría sido!

Hízose tan desgraciado, pensando en estas cosas, que durante una semana entera no se acordó de sonreír a Rosamunda. La niña estaba muy triste, porque amaba a su padre. Y además, porque estaba segura de que también se había olvidado de regar el rosal.

Una hermosa mañana el rey fué a dar un paseo por los campos que había a corta distancia de su casita. De pronto se le presentó un desconocido. Era un joven de buen aspecto, fuerte y vigoroso.

—¿Puedo hacer algo en su obsequio? — preguntó el rey, figurándose que el joven se había extraviado.

—Es usted muy amable—contestó el joven.—Quisiera volver al sitio en que dejé mi coche, pero no puedo encontrarlo. Eso era a orillas de una corriente azulada, que atravesaba un bosque.



—SOY REY, PERO CAREZCO DE TODO

—En tal caso, ha recorrido usted muchos kilómetros. Sé donde está eso. Permítame que le guíe yo mismo. Siento mucho no poder ofrecerle los servicios de un criado, pero en mi casa no tengo más servidor que una anciana. Soy rey, pero carezco de todas las cosas que debe tener un monarca. A excepción, quizá, de la corona.

—Es usted muy amable—contestó el desconocido.

Ambos emprendieron la caminata y al cabo de dos horas, divisaron el carruaje en el mismo lugar en que lo había dejado el desconocido.

¡Qué admirado se quedó el rey al verlo! Era de oro puro y brillaba de tal modo al sol, que habría deslumbrado a cuantos lo mirasen.

En el pescante había un cochero vestido con una librea dorada, y, además, el monarca vió a ocho lacayos, que asimismo, llevaban calzones y chaquetas de tisú de oro.

—¡Qué rico debe de ser usted!—exclamó el rey con acento de envidia.

—Permítame que le lleve a mi reino—dijo el joven desconocido.—Dícese que es uno de los lugares más maravillosos del mundo entero.

El rey subió al coche. El cochero hizo restallar su fusta de oro y los caballos emprendieron la marcha. Corrían con extraordinaria velocidad. El rey se dijo que debía haber algo mágico en la sangre de aquellos brutos, porque era tanta la rapidez con que corrían, que no se podía ver nada a través de la ventanilla. Los árboles, las casas y los setos parecían otras tantas líneas confusas.

Por fin el coche se detuvo en el enorme patio de un palacio también de oro. El rey entornó los ojos, después de la primera mirada. Luego subió los escalones de oro, sintiéndose deslumbrado.

El desconocido le dió un maravilloso banquete, servido en platos de oro adornados con brillantes. Para beber le dieron también un vaso de oro que tenía engarzados grandes rubíes y esmeraldas. En la dorada sala había numerosos criados vestidos de tejido de oro. ¡Cómo enviaba el rey todas aquellas riquezas!

—¡Si tuviera solamente un poco de ese oro—dijo a su anfitrión—sería completamente feliz.

—Le daré todo el que pueda contener mi coche, cuando le devuelva a su casa — contestó el joven. — Tengo tanto oro, que me alegraré de desprenderme de un poco.

Después del banquete, el rey fué a visitar el tesoro. No sólo había allí infinitos sacos de oro y numerosas arcas, llenas hasta el borde, del mismo metal, sino que, además, vió muchos objetos preciosos. Por ejemplo, una manzana de oro capaz de curar a cualquier enfermo que la sostuviera en su mano. También vió un vaso adornado con zafiros, que siempre estaba lleno del vino más exquisito del mundo, por más que se bebiese de él.

El rey miró todos aquellos objetos, sintiendo la mayor

envidia. Descubrió, de pronto, un bonito espejo y lo tomó.

—Este espejo—dijo su dueño—le mostrará a cualquier persona que desee ver. Piense en alguien a quien conozca y mire.

El rey recordó a uno de sus ancianos generales. Y miró al espejo. En el acto se le apareció un hombre viejo y encorvado, que trabajaba en un campo de patatas. Y en cuanto se incorporó, el rey pudo ver que, en efecto, era su viejo general.

—¡Dios mío!—exclamó con tristeza.—¡Pensar que mi famoso y viejo general se ve obligado a trabajar en un campo de patatas!

Luego pensó en el rey que le había derrotado. Inmediatamente cambió la escena. Se apareció un hombre gordo y feo, sentado ante una mesa bien provista. Ceñía en sus sienes una pesada corona y miraba ceñudo a la reina, sentada a su lado. Ella le hablaba muy enojada. Y aunque el rey no podía oír sus palabras, comprendió que vituperaba a su antiguo enemigo.

—¡Bueno!—observó.—Mi enemigo ha engordado y, además, su mujer se encarga de amargarle la vida.—Volvióse entonces al joven y le dijo:—Este espejo es maravilloso. ¿Quiere usted regalármelo? Me distraería de un modo extraordinario.

—Y, ¿qué me daría usted a cambio de él?—replicó el joven.—Es un objeto muy valioso.

—Tengo tan poco que pueda dar —replicó el rey.—¿Quiere usted mi vaca? ¿O preferirá una gallina?

El joven se echó a reír y contestó:

—No. Quiero que me dé lo primero que vea mañana por la mañana. En cuanto fije usted los ojos en lo que sea, desaparecerá para venir a mi reino. Será curioso ver qué cosa llega.

El rey, muy satisfecho, se llevó el espejo. Vió cargados



EL REY MIRÓ AL ESPEJO

muchos sacos de oro en el coche que había de llevarlo a su casa, y durante el viaje hizo numerosos planes.

—Me haré construir una buena casa. Y, además, me compraré una corona nueva. Rosamunda tendrá su primer traje de seda y, además, un collar de oro.

Llegó tarde a su casa. Los lacayos le ayudaron a amontonar los sacos de oro al pie del árbol de su jardín, y luego el áureo carruaje se perdió en las sombras de la noche. El rey estaba fatigado. Se desayunó y se acostó pensando en el espejo maravilloso.

—Miraré el rosal que me regaló Rosamunda el día de mi cumpleaños—pensó.—Esta será la primera cosa en que ponga los ojos. Es casi lo único bonito que hay en este dormitorio. Estoy seguro de que el desconocido se alegrará de verlo llegar a su reino.

Se quedó dormido. Cuando, a la mañana siguiente, penetraron los primeros rayos del sol en su habitación, aún estaba dormido, pero Rosamunda se había levantado ya y se hallaba en el jardín, cantando alegremente. Miró

hacia el dormitorio de su padre para averiguar si ya se había despertado. Fijóse luego en el tiesto del rosal, que se hallaba en el antepecho de la ventana, y observó que parecía marchito.

—Ese pobre rosal necesita agua—pensó.—Entraré en el dormitorio de papá y lo regaré antes de que el sol empiece a calentar.

Tomó un jarro y lo llenó de agua y se dirigió al dormitorio de su padre. Llamó una y otra vez y en vista de que no obtenía respuesta, asomó la cabeza para mirar al interior. Vió que el rey estaba profundamente dormido en su cama, de modo que atravesó en silencio la estancia, en dirección a la ventana. Y una vez allí empezó a regar el rosal.

Al salir el sol se despertó el rey. Recordó su intención de mirar en primer lugar el rosal; abrió los ojos y los volvió hacia la ventana en que estaba el tiesto.

Pero ante él se hallaba Rosamunda, que se ocupaba en regarlo. El rey la vió inmediatamente, y, de pronto, la niña desapareció, sin dejar rastro de su existencia.

—¡Oh!—exclamó el rey horrorizado.

Sentóse en la cama y se frotó los ojos. Luego volvió a mirar. En la ventana continuaba el rosal y en el suelo vió el jarro que había usado su hijita, pero ésta había desaparecido.

—¿Habrá ido a parar a la tierra de las cosas de oro?—gimió el rey.—¿Qué haré, Dios mío?

Saltó de la cama y se dirigió a la ventana. Entonces vió al pie del árbol del jardín los numerosos sacos de oro que le habían regalado y tal espectáculo le entusiasmó; se frotó las manos muy satisfecho y se echó a reír. Ya no se acordó más de Rosamunda y se vistió presuroso, con objeto de ir a acariciar las monedas de oro.

En todo aquel día no volvió a pensar en su hija, hasta



ROSAMUNDA EMPEZÓ A REGAR EL ROSAL

que la vieja criada se presentó a él muy apurada, diciéndole que no podía encontrar a la niña en ninguna parte.

Entonces el rey recordó lo sucedido y se lo refirió a la buena mujer.

—¡Dios mío!—exclamó la anciana retorciéndose las manos.—¡Qué desgracia! Mi pobre niñita, sola y desamparada, en una tierra extraña. ¡Oh, qué malo es usted, señor, por haber olvidado a un angelito como ése! ¿Qué vale el oro al lado del cabello de seda de Rosamunda, de sus ojos alegres y de su sonrisa encantadora?

El rey, entonces, se sintió muy desgraciado. ¿Cómo pudo olvidar a su alegre y encantadora hijita? Se sonrojó de vergüenza y volvió a un lado la cabeza. ¿Cómo lograría que le devolviesen a su hijita? Ni siquiera conocía el camino hacia el país de las cosas de oro.

Durante toda la semana el rey sintió extraordinaria añoranza de la niña. Recordó sus dulces sonrisas, su voz encantadora, sus besos y sus abrazos, y deseaba oír, de nuevo, el ruido que al andar hacían sus piecitos. Pero en vez de ver a Rosamunda en el jardín, no descubrió más que numerosos sacos de oro.

Entonces se acordó del espejo maravilloso que trajera consigo, y miró a su tersa superficie. Pensó en Rosamunda, y, en el acto, el espejo hizo aparecer su imagen.

La niña estaba en pie y en un jardín, cogiendo rosas de un brillante arbusto. Pero ¡ay! las rosas eran de oro y carecían de aroma, de suavidad y de belleza.

El rey contempló a su querida hijita en el espejo. Vió que por sus mejillas resbalaban grandes lágrimas, mientras sostenía la rosa en su mano. Comprendió que sentía gran nostalgia del jardincito de su propia casa, lleno de flores lindísimas y olorosas, que crecían en cuantos puntos las hubiese sembrado ella misma.

—¡Oh, si pudiese recobrar a mi hijita, sería el hombre más feliz del mundo durante el resto de mi vida! Con gusto devolvería ya todo este oro y aun el espejo maravilloso, si viese, de nuevo, a mi hijita en esta casa!

El desdichado rey salió a los campos, llorando amargamente. De pronto vió a poca distancia al joven desconocido, e, impulsado por su amor paternal, corrió a su encuentro.

—¡Oh! Deme usted noticias de Rosamunda. ¿Desea verme? ¿Está triste?

—Muy triste—contestó el desconocido en tono grave. —¿Quiere usted recobrarla a cambio del oro y del espejo?

—¡Oh, sí!—contestó el rey, alegre sobremanera.—Ya estoy curado de mi locura. No deseo nada más que tener conmigo a mi hijita. Si está a mi lado, sé que seré más rico que todos los reyes del mundo.

—Su hija se halla en mi carruaje—dijo el desconocido sonriendo.

El rey se volvió y pudo ver el carruaje de oro, en una senda cercana.

Rosamunda estaba asomada a la ventanilla del coche. Al ver a su padre dió un grito de alegría, abrió la porte-



SE ABRAZARON Y SE BESARON

zuela y cayó en sus brazos. ¡Cómo se besaron y abrazaron! Luego rieron y lloraron y se acariciaron de nuevo. Y casi se olvidaron del desconocido.

Una vez que se hubo calmado un tanto su alegría, se acordaron de él, pero al mirar a su alrededor observaron que se había marchado. De igual modo desaparecieron los sacos de oro, el espejo y el maravilloso coche. Pero el rey se rió al ver que todo se había desvanecido. Acababa de recobrar a Rosamunda y eso era lo único que le importaba.

—Oye, papá, tira la corona—rogó la niña.—No quie-



GRANDES LÁGRIMAS CORRÍAN POR SUS MEJILLAS

ras ser un rey sin dinero y no pienses más en inútiles grandezas. Sé un buen papá y procura adquirir un carácter risueño.

Quitó la corona que llevaba su padre y la arrojó entre unas ortigas. De momento el rey se quedó horrorizado, pero luego se echó a reír. Y ya nunca más deseó ser rico, pues se dió cuenta de que eso era una tontería. Puesto que tenía a Rosamunda se consideraba feliz.

Un soberbio regalo

CUENTOS DE HADAS

Una extraordinaria colección, especialmente dedicada a los niños, conteniendo la más hermosa selección de las mejores narraciones de este género, de cada país.

Lujosos tomos encuadernados, de gran formato, impresos con caracteres notables, de fácil lectura, e ilustrados por grandes dibujantes.

Publicados

**CUENTOS DE HADAS
JAPONESES**

**CUENTOS DE HADAS
INGLESES**

En preparación:

**CUENTOS DE HADAS
DE ANDERSEN**

**CUENTOS DE HADAS
DE GRIMM**

●
Precio de cada tomo:
\$ 2.30

URGEL 245

BARCELONA



GOROSTIAGA 1650

BUENOS AIRES